

filosóficamente de la figura de Emerson, de quien toma la máxima de que el poeta « nombra las cosas porque las ve ».

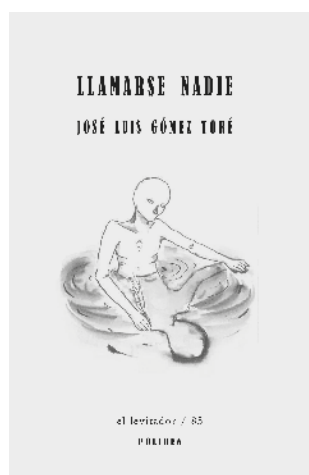
Baudelaire, en concreto su libro *El spleen de París*, ejerce un poder de inspiración muy marcado en Simic, lógicamente depurado y adaptado a su propia experiencia vital y emocional. Pero en el conjunto de su poesía también se pueden observar o detectar otras fuentes que no han dejado de alimentar su singular estro poético. Nombres como Kafka, Sartre o Camus, Neruda, Mallarmé, Verlaine han marcado una huella de gran poder de espiritualidad intuitiva en la realización de su auténtica poesía.

Añadir que en esta *Antología poética*, llevada a cabo por Nieves García Prados, que se encarga de la selección, traducción y del prólogo, es evidente observar una de las máximas prerrogativas creadoras de Charles Simic: « menos es más ».

La selección parece de lo más acertada. De todos los libros de Simic, desde *El mundo no se acaba* (1990) hasta *Señor de las máscaras* (2010), pasando por títulos como *Hotel Insomnia* (1992), *Paseando al gato negro* (1996), *Picnic nocturno* (2001) o *Ese pequeño detalle* (2008), destacan poemas como « *Todo es predecible* », « *Guerra* », « *Motel Paradiso* », « *Relajarse en un manicomio* », « *Noche de invierno* », « *Moscas de matadero* », « *Dolor* », « *Nave de los locos* », « *Camas*

deshechas », « *Lo improbable* », « *Sonámbulos* », « *Las vidas de los alquimistas* », « *Ese pequeño detalle* », « *Señor de las máscaras* », « *Mil novecientos treinta y ocho* » o « *Viejo soldado* ».

MARCOS TRAMÓN



José Luis Gómez Toré

Llamarse nadie

Palabras preliminares de Óscar Curieses.

Col. El levitador

Polibea, Madrid, 2019

Quedarse en blanco

Reúne esta antología textos escritos entre los años 2002 y 2019. Si tenemos en cuenta que José Luis Gómez Toré nació en Madrid en 1978 y que sus primeros libros, *Se oyen pájaros* y *He heredado la noche* (Premio Adonais del año 2002), datan de 2003 (ha dejado fuera *Contra los espejos*, su « prehistoria poética ») podemos dar por sentado

que en este libro, *Llamarse nadie*, están representadas todas las etapas creativas del autor, desde sus comienzos hasta la actualidad, aunque, como escribe el propio Gómez Toré, « Toda antología no es, a la postre, sino un pacto entre la memoria y el olvido », un pacto que supone enfrentarse con la imagen de uno mismo que surge de los primeros poemas, una imagen —no hablo, claro, del aspecto físico, sino de una imagen interior— que va variando con el paso del tiempo y que, quizá, se intenta reajustar corrigiendo algunas expresiones, algunos versos, mínimas, en este caso.

El libro se ha estructurado en secciones que tienen al sintagma « blanco » como eje vertebrador. Gómez Toré explica en el prólogo a qué se debe tal decisión: « De una manera instintiva, y ciertamente confusa, cada vez más tengo la sensación de que la escritura del poema es una especie de acercamiento, una suerte de cerco a un territorio blanco, un espacio que es y no es el de la vida ». No hay, pues, ordenación cronológica alguna, ni disposición en función de los títulos de sus obras. Lo que se consigue con esta nueva distribución, que « tampoco es estrictamente temática, pero sí se ha buscado atender a motivos, imágenes, obsesiones que se van repitiendo en cada libro », es, por una parte, leer este libro como si se tratara de una obra por completo nueva y, por otra, permite, a quien tenga conciencia de que se trata

de una antología, indagar sobre la *progresión* poética del autor, estableciendo comparaciones entre poemas de diferentes épocas (el abanico, como decimos, es cronológicamente lo suficientemente amplio como para que sean visibles diferencias entre poemas escritos con quince años de diferencia). Óscar Curieses lo explica así: « Todos estos poemas al cambiar de lugar alcanzan un significado diferente, salen de un libro y crean otro distinto ».

« Blanco de Cinc », « Blanco: celosía », « Blanco: lunar », « Blanco: intervalo », « Blanco: sol de invierno », « Blanco: claroscuro », « Blanco: ceguera », « Blanco: futuro » son las respectivas partes en las que está dividido el libro. Ese territorio blanco, « un lugar más doloroso / aún más extraño que la vida. // Si ello fuera posible » asume su inconsistencia, aunque, gracias a la luz, lo blanco se permuta, se convierte en « la blancura perfecta del silencio ». La asociación entre blanco, nada y silencio ha dado origen a innumerables reflexiones metafísicas dentro del poema y la contundencia con la que esa indagación construye el fragmento de realidad que habita el poeta es lo que determina el grado de asimilación, de comprensión de las cosas que le rodean, como ocurre con la arcilla, con los árboles o los pájaros: « Me acerco a la ventana. / Un aleteo oscuro. / Una página en blanco ». La óptica a través de la que se contempla la realidad tiene más de zoom que de gran

angular. Condensa, a través de una economía lingüística sobresaliente, la anécdota en versos que asombran al lector por su inmediatez, por su simplicidad, simplicidad solo aparente, claro, que nos recuerda en algunos tramos a William Carlos Williams, como en el poema «Un kilo de manzanas Golden». No obstante, conviven en la poesía de Gómez Toré al menos dos maneras de formalizar su pensamiento poético. En una de ellas, la concentración expresiva conduce a lo irrefutable, a lo que no se puede rebatir porque encierra en sí misma muchas posibilidades de sentido. La otra, más discursiva, surge del mismo venero existencial, pero el lenguaje renuncia, si es lícito expresarlo así, a la condición abstracta que le identifica y se aviene a un significado, digamos, más previsible. El poema se extiende en versos de larga tirada, llega incluso a la prosa. Quizá los temas de reflexión determinan el modo de escritura. El paso del yo al nosotros probablemente impone unas procedimientos diferentes: «El yo —escribe el prologuista— unas veces mira asombrado el mundo desde fuera como un observador consciente, y otras, toma parte activa en ese mundo». Esta dicotomía se advierte en la convivencia del deseo de llamarse nadie con el hombre que se indigna ante la miseria humana. Al fin y al cabo, «se inventa cada día la palabra nosotros, como se inventa yo (esa palabra absurda, esa hermosa insistencia, sonido que hace el mar en la

violenta sístole en que perece una gaviota suavísima de humo».

CARLOS ALCORTA



Guillermo de Torre
Tan pronto ayer
Renacimiento, Sevilla, 2019

Divino Corolario

Con sus más de 20 volúmenes de crítica publicados en vida, fundamentalmente en torno al arte y la literatura de las vanguardias históricas, Guillermo de Torre (1900-1971) se presenta como uno de los críticos clave del siglo XX, más allá de conformarse —junto al impar Rafael Cansinos-Assens— en uno de los inductores del ultraísmo hacia 1917, único movimiento de vanguardia de sesgo español. Sus dos grandes hitos son el poemario *Hélices* (1923), que incluía todas las novedades poéticas del vanguardismo europeo de

los veinte, y asimismo todas sus estridencias, y *Literaturas europeas de vanguardia* (1925), vademécum de los vanguardismos surgidos entonces en Europa y América, y escrito con enorme precocidad y entusiasmo juvenil. Exiliado en 1936, primero en París y, después, en Buenos Aires, tierra de su mujer, Norah Borges, hermana del gran Jorge Luis, pasó allí el resto de sus días, con intermitentes viajes a España y Europa. Es cierto que, al margen de sus cientos de artículos y su multitud de libros, Torre diseñó una autobiografía que empezó a escribir en folios manuscritos, que quiso titular *Tan pronto ayer*. Pero ese título, que auguraba grandes momentos vitales y literarios, nunca llegó a concebirse como libro. Torre realizó un esquema previo y había comenzado a escribir algunos de sus pasajes biográficos. Pero, por razones desconocidas (vivió hasta los 71 años) quedó inconcluso. Hasta hoy.

Con significativa diligencia, el profesor Pablo Rojas, autor de un ensayo sobre *Dadá: Poetas de la nada. Huellas de Dadá en España* (Renacimiento, 2017), ha llevado a cabo esa hipotética empresa torreriana de dar a la luz unas memorias que nunca existieron. Para ello, ha agavillado numerosos manuscritos inéditos del propio Torre ubicados en la Biblioteca Nacional, otros escritos biográficos propiedad de su hijo, Miguel de Torre Borges, más decenas de artículos entresacados de

sus libros críticos, a saber: *De la aventura al orden*, *Apollinaire y las teorías del cubismo*, *Al pie de las letras*, *El espejo y el camino*, *La difícil universalidad española*, *Tríptico del sacrificio*, *Del 98 al barroco*, *El fiel de la balanza*, *Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneos*, *La metamorfosis de Proteo y Doctrina y estética literaria*, entre otros muchos.

Con todo ello, el profesor Rojas ha forjado un volumen con fisonomía autobiográfica, misceláneo, que ha querido dividir en dos tramos. En el primero, «Tan pronto ayer», confeccionado con retales autobiográficos, afloran los apuntes descorazonados: «toda mi infancia está llena de ese sentimiento de exiliado, de proscrito». Uno de los capítulos lo titula «La patética adolescencia». Ahí leemos: «soñaba con un arte de abstracciones, de un lirismo geométrico, recortado, impasible y perfecto». En los múltiples capítulos que jalonan esta sección, leemos aseveraciones como que Cansinos-Assens y Villacián son los culpables de su moceril barroquismo; que Borges, en boca de Ramón, era «huraño, remoto, indócil»; o que «*La Gaceta Literaria* (creada y dirigida por el propio Torre y Giménez Caballero) «fue el verdadero órgano de expresión de la generación del 27». También se incluyen juicios sobre la Guerra Civil española, las tertulias del momento o las revistas literarias, de las cuales realiza una gran vindicación